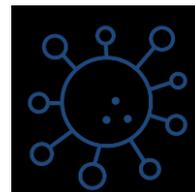




La pandemia provocada por la **Covid-19** está constituyendo un reto para la salud mental. Ha generado efectos adversos en la población general pero especialmente en personas con vulnerabilidades específicas.



Se ha identificado un aumento de las tasas de depresión y ansiedad que tienen que ver con el contexto de incertidumbre y vulnerabilidad. Hasta el momento no se ha visto un aumento de las tasas de suicidio, aunque se prevé que pueda ocurrir a largo plazo.

La OMS ha alertado que la pandemia provocará un incremento de los problemas de salud mental en los próximos meses, debido al impacto del confinamiento y del aislamiento de la población. Se han identificado una serie de factores estresantes: mayor duración de la cuarentena, temor de infección, frustración, aburrimiento, suministros escasos, información inadecuada, pérdidas financieras, estigma, pérdida de seres queridos.



La muerte por Covid-19 ha entrañado una muerte en soledad, causando sufrimiento al que fallece, pero también a los allegados y a sanitarios.

Se desprende de todo ello un posible **aumento del riesgo de suicidio** debido a: aislamiento social y pérdida de vínculos sociales, aumento de las tasas de paro, dificultades económicas, disminución del acceso al apoyo comunitario, barreras para el tratamiento de los trastornos mentales y enfermedades médicas.



Se hace imprescindible una atención específica a esta población vulnerable, así como la puesta en marcha de campañas de promoción de la salud comunitaria.

En tiempo de pandemia, la información sobre el suicidio en los **medios de comunicación** debe ser aún más rigurosa si cabe, puesto que puede conducir a un aumento de las conductas suicidas. Una información responsable puede ayudar a salvar vidas, mientras que un abordaje sensacionalista y alarmante provoca lo contrario.